

PRIMER PUESTO

Los rumbos del río

Karen Natalia Pamela Sánchez Tovar
Vicerrectoría de Desarrollo Humano
Auxiliar de la Escuela de Formación y Permanencia
aux.escuelaypermanencia@uniagustiniana.edu.co

1

—Tengo hambre, papá...

—Cómase esta ala de pollo, y cómasela despacio porque es lo único que va a comer hasta mañana—. Dice Gabriel, con dos pollos en su plato: uno de ellos sin un ala.

Gabriel tiene 43 años, pero joven para tener un hijo de 19 años. Al parecer, él es el último de sus siete hijos anteriores, casi todos con diferentes mujeres. Ninguna le dura mucho por ser un patán machista, aunque tal vez para muchas mujeres pueda ser un hombre guapo y coqueto, por su estatura de 1,87 cm, sus grandes ojos cafés, sus cejas negras casi para unirse en una sola, su barba abundante que se une con su cabello rizado, el cual peina de medio lado... «Para la edad que tiene, no está mal», opina más de una vecina.

Esteban come el trozo de pollo como si fuese el último alimento que pasara por su boca; a decir verdad, puede que sea el último alimento que pase durante muchas horas.

Falta un cuarto de hora para que sean las seis de la mañana y los gallos ya están cantando el amanecer, como es habitual. Esteban se levanta hacer los quehaceres de la finca. Como muchos en la vereda, él no estudia; se la pasa en la finca realizando actividades que su padre le manda. Con mucho que hacer siendo el único despierto, aparte de los animales, corre a ordeñar a las vacas, a recoger los huevos y a ordenar los pastales antes que se despierte su padre.

—¿Dónde están los huevos?— grita Gabriel. «No están; ahora, ¿qué le digo?», piensa Esteban.

Al no ver nada en la mesa, Gabriel da un golpe sobre ella haciendo que se rompa. Claramente tiene un genio que ni él se lo aguanta y se desquita con su hijo, ya que los demás tienen madre que los cuida, pero Esteban no ha corrido con aquella suerte. De su madre

solo se sabe que trabajaba como enfermera en una vereda, a la cual, para llegar, tenía que cruzar en canoa; era tiempo de lluvias. Para esas épocas, era casi imposible cruzar el río, su canoa se volteó sin dejar rastro de ella. Desde entonces, a sus 10 años, Esteban ha tenido que seguirle el juego a su padre, aunque su vida se torne un poco gris.

II

Es verano y para esta época todos los colegios se encuentran en vacaciones y, en la vereda donde Esteban vive, se realiza la feria del ganado, se baila, se canta y el alcohol se ve por todos lados. Esa es la oportunidad perfecta para que Esteban pueda encontrarse con el amor, como si de algo prohibido se tratara. Ella es Carmela, el amor de toda su vida, una morena alta y delgada, con el pelo lacio y un destello de pecas algo inusual en su rostro. Ella es de la vereda donde él nació y vivió unos años con su madre.

Es el tercer día de la feria, su padre sale muy temprano de la finca y le deja una tarea muy sencilla a Esteban: llevar al caballo al río para darle un baño. Este es un caballo de pelaje castaño con una línea negra que pasa de su frente hasta la punta de su nariz; es lo máspreciado de su padre y, de hecho, lo único, ya que con este caballo alardea y se lleva a más de una en sus brazos. Luego de un baño, debe llevárselo a su padre en la noche de la feria.

Esteban no pierde la oportunidad, justo después de ido su padre, corre hasta la otra vereda a unos 20 minutos de donde está a ponerle una cita a su amada Carmela al lado del río, donde nadie los puede molestar.

Ya son las dos de la tarde, Esteban tiene puestos sus mejores pantalones —que ya le pasaban por encima del tobillo—, sus alpargatas y una camisa heredada de uno de sus hermanos mayores. Sale

corriendo esta vez con el caballo en su mano para la tan esperada cita. Al llegar al río, la encuentra sentada en una piedra.

—¿Piensas quedarte ahí viéndome?— dice ella.

—Claro que no— responde él, con una sonrisa pícaro e inocente, y se lanza a abrazarla.

En ese momento quedan mirándose, el sonido del agua bajando por las piedras del río hace que todo sea como un sueño. En esas se les enreda un beso; aunque corto, con mucho amor.

Pasa el tiempo y Esteban se percata de que el caballo de su padre ya no se encuentra amarrado donde él lo dejó, pues mientras ellos jugaban y hablaban, el caballo se había escabullido hasta llegar a la carretera.

Tan solo pasan unos cuantos minutos hasta que Esteban siente cómo un latigazo raspa su espalda. Al voltear su cabeza, ve a su padre borracho tirando latigazos al aire como si de un animal se tratara. Esteban corre y brinca tratando de huir de su padre; grita para que se detenga, pero este no tiene piedad de él. En tan corto tiempo, Esteban analiza la situación. El pequeño inocente que yacía en él se esfuma por unos minutos, toma una piedra del río y se la lanza a su padre. Con la mirada fría, Carmela ve cómo pasan las cosas a su alrededor, ahora es ella quien corre, brinca y grita para que lo deje de una vez por todas y pare tan tormentosa escena. Al percatarse de lo que hizo, Esteban comienza a correr por la orilla del río como solo él lo sabe hacer. Sus piernas no le dan más, pero al pensar en lo que puede pasar si su padre lo alcanza, sigue sin mirar atrás y decide saltar a la corriente del río. Allí nada lo que más puede, hasta que la desesperación lo hace perder el conocimiento.

Esteban comienza a despertar y escucha como hierve el agua y con cautela abre un ojo para después percatarse de que se encuentra

en un lugar que nunca había visto antes. «¿Qué me paso?», se pregunta a sí mismo.

—Al parecer, te desmayaste, no estoy segura por qué pasó. Lo bueno es que ya te encuentras bien, o ¿no?— dice una joven de cabello rizado hasta los hombros, con un color de piel blanco pálido que refleja una piel de porcelana.

—¿Quién eres? ¿Porque estoy aquí?— pregunta Esteban agitado.

—Ya sé que te encuentras algo confundido, pero no te apresures o te dolerá la cabeza. Mi nombre es Karla y sé que estás agradecido de que te haya salvado antes que la corriente del río te llevara como una rama.

—¿Cómo llegué aquí?

—Eso es simple, te traje encima de mi burra Canela.

—Gracias, pero debo volver a mi casa— dice Esteban aturrido.

—¡No! ¡Qué te pasa! Al parecer las piedras del río te cortaron la espalda.

Al quererse levantar de la cama, Esteban grita: es un dolor incomparable el que las sábanas se queden pegadas en sus heridas abiertas, las cuales no son producto de piedras de río.

III

Al pasar ya unos meses desde que se conocieron, se vuelven almas inseparables, porque compaginan en todo. Ya la vida no es como antes para Esteban, ahora quiere tener una familia con Karla y así mismo comprar su propia finca y ganado.

—¿De nuevo te vas?— pregunta Esteban.

—Sí, y no te puedo decir a dónde.

—Claro está que no, Karla. Ahora ya no nos vemos casi y me hace falta pasar tiempo contigo como antes.

—Lo siento, Esteban, pero debo hacer muchas cosas en la ciudad y debes entender que debo ir sola.

Él lo entiende perfectamente, lo que no logra entender es por qué se encuentra tan alejada de él.

Esteban quiere averiguar una finca que está cerca a la vereda, la cual un vecino le ha recomendado. Se encuentra muy ansioso de darle la noticia a Karla. Se monta en su caballo y anda más de una hora hasta llegar a la vereda.

Al llegar allí, descubre una finca llena de manzanos, su fruta favorita. Camina hasta la entrada y lo recibe un señor de unos 80 años, Don Ismael, que, aunque es encorvado y con canas hasta en su nariz, es de buen genio.

Le ofrece un buen precio por la finca, lo que emociona a Esteban, el señor Don Ismael tiene mucho dinero y, por lo que han hablado, Esteban le ha parecido un joven muy luchador, así que le da un precio aún menor. Este señor no tiene nada que perder, es accionista de varias empresas en la ciudad y, a decir verdad, tiene un buen corazón, le gusta ayudar a varias fundaciones de jóvenes como Esteban.

Al volver a casa, Esteban se encuentra muy feliz y le comenta lo que sucedió a Karla, pero ella no tiene muchas ganas de hablar y se duerme. Esteban la entiende. Ella debe viajar todos los días a la ciudad a trabajar y, aunque a ella le va muy bien, porque llega cada fin de mes con vestidos nuevos y perfumes pequeños, Esteban no quiere que su mujer mantenga el hogar.

IV

Se acercan las ferias del ganado nuevamente. No son recuerdos muy lindos para Esteban, pero Karla nunca ha ido a estas ferias, así que le pide que la lleve. Esteban no se deja insistir más y se van.

Al llegar a su antigua vereda, Esteban ruega no encontrarse con su padre y piensa en salir de allí lo más pronto posible.

—Gracias, todo es muy lindo, Esteban, tal y como me lo contaron.

—¿Quién te ha contado de estas ferias?— pregunta Esteban.

—No, no, nadie—. Se echa a reír y se va a los establos.

Esteban se queda pensando quién pudo haberle contado si a nadie en la ciudad le interesan las fiestas de pueblo.

Se quedan a dormir en un hotel de la vereda. Esteban no se cambia por nadie: se le ve muy feliz al lado de Karla.

—Creo que bebí mucho alcohol...— dice Karla, entre risas.

Esteban la acuesta en la cama y, en ese mismo instante, Karla vomita. Después de un tiempo, ella no puede detener las náuseas; pasan más de tres horas y Esteban, muy preocupado, decide llevarla al pequeño hospital de la vereda.

Al parecer, no está nada bien y la hospitalizan. Esteban pasa allí el resto de la noche sin respuestas. En la mañana, muy preocupado, le pregunta a una enfermera el estado de su compañera.

—No se preocupe, señor, debe tener más cuidado con ella, ya tiene cuatro meses y no puede seguir así tomando tanto alcohol.

Esteban se encuentra algo confundido. Le dan de alta y se van devuelta a casa.

—Seremos padres magníficos, estoy muy emocionado, debemos comprar la finca para tener todo listo.

—Estoy muy cansada, me iré a dormir.

En la mañana, Esteban se levanta como siempre, antes de las seis. Pero no ve a Karla a su lado. Se levanta a buscarla por la finca y no haya un rastro de ella, ni su ropa, ni sus perfumes, nada. Simplemente, se esfumó.

V

Ya ha pasado más de un año desde que Karla desapareció, y Esteban la ha buscado en lugares impensados. Un día, caminando por la orilla del río, ve cómo a lo lejos se aproxima un caballo de pelaje castaño, cabalgado por dos personas. Al detallar bien la imagen, nota la silueta de Karla quien lleva en su regazo a un pequeño niño. Detrás de ellos, se encuentra Gabriel, su padre, que, al parecer, es padre de quien supuestamente es su hijo.

No sabe cómo reaccionar si lo llegasen a ver, entonces se lanza al río y con eso pierde el conocimiento al caer.

Abre sus ojos y de pronto yace en un pequeño bote. Frente a lo vivido, no sabe el nuevo rumbo que le deparará la vida.